

V

EL siguiente día era domingo y para Gilberto día de libertad. Á mediodía salió á dar un paseo por el bosque. Anduvo errante por espacio de una hora, cuando, al volverse, vió á sus espaldas un grupo de niños, vistiendo extraños trajes. Los dos de más edad llevaban túnicas azules y mantos encarnados, y cubierta la cabeza con sombreros de fieltro, rodeados de un círculo de papel dorado que figuraba una aureola. Otro más chiquito ostentaba una especie de escapulario gris, lleno de diablos pintados y llamaradas. Los cinco últimos iban vestidos de blanco, con alas de gasa color de rosa pegadas á los hombros, y en la mano, ramas de boj á guisa de palmas.

Gilberto anduvo más despacio, y cuando los niños estuvieron junto á él, reconoció en el que iba vestido con el sambenito, al porquerillo maltratado por Esteban. El niño, que mientras andaba, se complacía en contemplar las llamas y los diablos de que se hallaba salpicada su vestidura, se adelantó hacia Gilberto y sin aguardar á que le interrogase, le dijo:—«Yo soy Judas Iscariote; este es San Pedro y este San Juan. Los otros son ángeles.

Vamos todos á la aldea de R... á una gran procesión que se celebra allí cada cuatro ó cinco años. Venid, venid, os divertiréis mucho... Yo cantaré un solo, San Pedro también y los demás cantarán un coro.»

Dicho esto, Judas Iscariote, San Pedro, San Juan y los ángeles, prosiguieron su marcha y Gilberto decidió seguirles. Las primeras casas de la aldea de R... se hallan al extremo de la plataforma poblada de árboles, que se extiende al mediodía de Geierfels. Al cabo de media hora, la infantil caravana hizo su entrada en la aldea, á través de la muchedumbre considerable que había acudido de todos los caseríos cercanos. Gilberto se encaminó á lo largo de la calle Mayor, decorada con colgaduras y altares, y desembocó en una plaza plantada de olmos, en uno de cuyos lados se hallaba la iglesia. Á poco sonaron las campanas echadas á vuelo, se abrieron las puertas del templo y salió la procesión. Á la cabeza iban los curas, los frailes y laicos de ambos sexos, con cirios, cruces y banderas. En pos de ellos, seguía una larga hilera de niños representando personajes de la Pasión. Uno de ellos, muchacho de diez años, desempeñaba el papel de Cristo; llevaba en la cabeza una corona de espinas, y sobre los hombros una gran cruz de madera; parecía próximo á sucumbir bajo su peso. Á sus lados iban los dos ladrones, uno de los cuales hacía muecas, en tanto que el otro, con los ojos bajos y la cabeza inclinada, mostraba ser víctima de los más atroces remordimientos. Rodeábalos un numeroso grupo de guardias armados de lanzas, amenazándolos é insultándolos con el gesto y con la voz; luégo seguía una niña, cuyo ropaje estaba atravesado por un puñal sobre el corazón. Esta joven Virgen de los Dolores iba escoltada por los doce Apóstoles. El cortejo terminaba con una numerosa escolta de ángeles, llevando en la mano unos, ramas de boj, y otros, incensarios que balanceaban graciosamente en el aire. La procesión dió dos veces la vuelta á la plaza, y luégo se detuvo. Cesó el ta-

ñer de las campanas; tocó una orquesta colocada en un tablado, con música muy dulce y conmovedora, y acabado el prelude, el coro de ángeles entonó un cántico á cuatro partes, que conmovió á Gilberto hasta lo profundo del alma.

La muchedumbre guardaba religioso silencio, los hombres juntaban las manos, las mujeres se arrodillaban. Los jóvenes coristas mostraban gravedad y recogimiento; sobre sus cabezas inclinadas ondeaban las banderas ostentando sagradas imágenes. De vez en cuando enrarecían el aire espesas nubes de incienso; ligera brisa estremecía el conmovido follaje de los viejos olmos, y el cielo, de un azul puro y sin mancha, parecía escuchar con avidez las armonías que se exhalaban de aquellos labios infantiles, y aquella otra música más secreta y profunda, que resonaba en el fondo de los corazones.

Gilberto el filósofo, no pertenecía á la raza de los desprecupados, que trocando la fe por la sabiduría, obedece á una fatalidad interior, deplorándola sin poderla resistir; esclavos cuyas cadenas se han roto á pesar suyo y que echan de menos su antigua servidumbre, y quisieran recobrar á cualquier precio su perdido candor y los santos goces con que la religión embelleciera su infancia. ¿Qué fué de aquellos éxtasis en que les abismaba el tañido de las campanas convidando á los fieles á la oración, el perfume del incienso flotando en los atrios y el esplendor de los viriles en la sombra augusta del santuario? ¡Ay! han sentido agotarse en su corazón, invadido por la luz, los vivos manantiales de las piadosas emociones y de los sublimes arrebatos, y maldicen el implacable sol que ha secado la cisterna donde apagaba la sed su alma ardiente. ¡Helos ahí condenados á pensar, á raciocinar, á discutir, á criticar cuando quisieran sentir, amar, adorar! ¡Qué desoladora esterilidad la suya!... ¡Cuán gustosos no cederían su triste sabiduría por un momento de amor y devoción!... Esas almas infortunadas se asemejan á

las abejas á quien dotara el Hacedor de un aguijón con la sola y expresa condición de perder el precioso órgano con que extraen ó chupan la odorífera esencia de las flores. Contrariadas en sus deseos, recorren con inseguro vuelo los celestes jardines, y contemplan con torvos ojos las plantas queridas que un decreto fatal acaba de arrebatár á sus anhelos; algunas veces, en su delirio, se precipitan sobre la embalsamada corola, la rozan con sus alas y la atraviesan con su acerado dardo sin poder aspirar el néctar. ¡No así liban las abejas celestes miel divinamente perfumada que derrama sobre las heridas del alma suprema dulzura!

Nunca había experimentado Gilberto esos combates y esos dolores intensos; la ciencia y la crítica, al penetrar en su alma, no habían causado en ella la menor perturbación; sus convicciones se habían transformado por una especie de metamorfosis lenta, insensible, cuyo curso no había llegado á interrumpir ni atropellar ninguna crisis dolorosa. Educado por una madre devota, nunca había tenido necesidad de abjurar su fe; ésta había ido creciendo y desenvolviéndose en él sin que lo advirtiera, y se puede decir que había permanecido fiel á sus primeras creencias; sólo que las interpretaba de otro modo, y el sentido más profundo que les daba hacía que fueran para él más queridas y respetadas. Gilberto raciocinaba mucho y siempre encontraba á Dios como final de sus razonamientos. Por este proceder había podido saborear impunemente los frutos del árbol de la ciencia, sin que jamás se le apareciera la llameante espada del querubín, ni su temeridad fuese castigada con los dolores del destierro; los floridos jardines del Edén habían permanecido abiertos para él; entraba en ellos cuando le parecía bien y se encontraba allí como en su casa.

Gilberto miraba y escuchaba embelesado á los tiernos coristas. Su ingenuidad é inocencia, su modesta apostura, en la que se pintaba la cándida devoción, sus voces fres-

cas y argentinas, sus sencillos acentos, qué prestaban un carácter infantil á los gozos y á los dolores de la Pasión, todo esto le sumía en dulces emociones. Comparábalos con aquellos ángeles de los cuadros de Rubens que no son amorcillos, ni artistas, ni abstracciones vivientes, sino niños alados que sin descifrar su oculto sentido, se complacen en las cosas divinas, aman á Cristo aun cuando no puedan comprenderle, y no penetrando el secreto de su humanidad, parece que se preguntan por qué no tiene alas como ellos. «Revolotead, les dice Cristo sonriendo, revolotead, pajarillos del cielo; á los ángeles toca volar; á Dios y el hombre andar.»

Cuando más absorto estaba Gilberto en sus reflexiones, una voz que no le era desconocida murmuró á sus oídos estas palabras que le hicieron estremecer:

—Per lo visto os interesa mucho esta ridícula comedia!

Esta interrupción causó á Gilberto el efecto que produce en un concierto un instrumento que desafina. Sintióse vivamente agitado contra su profano interlocutor. Volvió vivamente la cabeza y reconoció á Esteban. Éste acababa de apearse del caballo, que había confiado á su criado, y se había abierto paso á través de la muchedumbre, sin hacer caso de las reclamaciones de aquella buena gente cuyo devoto recogimiento interrumpía.

Gilberto le contempló un instante con aire severo, luego, dirigiendo de nuevo sus miradas hacia la procesión, intentó, pero en vano, olvidarse del importuno muchacho á quien no había vuelto á ver desde la aventura de la fuente, y cuya presencia le causaba en aquel momento indecible malestar. La mirada reprensiva que había lanzado al joven, lejos de intimidarle, dió nuevo incentivo á su burlona verbosidad, y después de guardar silencio durante algunos segundos, sostuvo en francés el monólogo siguiente, en voz baja, pero tan clara, que Gilberto, con gran pesar suyo, no perdió de él ni una palabra:

—¡Que ridículos están esos chiquillos! Y parece que

toman por lo serio el papel que representan! ¡Qué vulgaridad de tipos! ¡Qué caras tan cuadradas y huesudas! ¿No forman extraño contraste con las alas esas fisonomías ordinarias y estúpidas?... ¡Mirad ese rapazuelo cómo tuerce la boca y mueve los ojos! Su aire compungido es á todas luces edificante. Días pasados le pillaron robando sarmientos en casa de su vecino. Ese ángel no necesita alas para volar... ¡Ah! ¡ese otro pierde las suyas! ¡Oh! ¡qué funesto fracaso! Se baja para recogerlas y se las mete debajo del brazo como un sombrero de muelles. ¡Qué feliz idea! Gracias á Dios, han concluido las letanías. Ahora le llega el turno de cantar á san Pedro. El tunantuelo tiene buena voz, y recita de corrido su lección. Algún trabajo habrá costado metérsela en la cabeza. El maestro de aldea sin duda le ha enseñado á tener alma á fuerza de disciplinazos. El procedimiento es infalible... Pero no te aflijas tanto, buen Pedro, tu arrepentimiento es excesivo. No negaste á tu maestro sino tres veces y eso no vale la pena. Con tres villanías sobre la conciencia, aún puede un hombre figurarse que es honrado... ¿Sabéis cuál de esos actores me gusta más? Pues es Judas. ¡Oh! Está perfectamente en carácter. Tiene la verdadera fisonomía del apóstol á quien representa. Siento particular afecto por ese galán joven. Mirad cómo contempla cariñosamente la bolsa de cuero que tiene en la mano! Es la dama de sus pensamientos... Ya empieza á cantar. ¿Qué irá á decirnos?... ¡Justo cielo! ¡también él deplora su pecado! ¡Como si la innumerable raza de los Judas conociera el arrepentimiento! ¡Pues no son sus traiciones proezas de que se sienten orgullosos?... ¡Oh! así, retiro mi amistad á ese joven traidor; me revientan sus melosos acentos!

Hacia largo rato que Gilberto paseaba en derredor suyo inquietas miradas; buscaba una salida para evadirse, pero la concurrencia era tan compacta que obstruía el paso por completo. Se vió pues obligado á permanecer en su sitio y sufrir hasta el fin el desagradable monólogo de Esteban.

Fingía no oírle, y disimulaba en lo posible su impaciencia, pero tan viva era que se traslucía á pesar suyo, no sin contento de Esteban, que saboreaba malignamente el éxito de sus tretas. Felizmente para Gilberto, cuando Judas acabó de cantar, la procesión echó á andar de nuevo para hacer una segunda estación en el otro extremo de la aldea; esto obligó á moverse á los numerosos espectadores que abrieron paso. Gilberto aprovechó este desorden para escapar, y se perdió entre el gentío, donde los penetrantes ojos de Esteban no pudieron encontrarle.

Se apresuró á salir de la aldea y emprendió de nuevo el camino del bosque.

—Decididamente, se decía, ese Esteban es un importuno. Hace tres semanas que vino á sorprenderme junto á una clara fuente, donde yo soñaba deliciosamente y ahuyentó por completo mis sueños. Hoy con su impertinente charla ha venido á interrumpir una fiesta que me interesaba y entretenía. ¿Qué me reservará para el porvenir? Lo malo es que, á pesar mío, me veré condenado á alternar con él todos los días. Hoy mismo, dentro de algunas horas, le encontraré en la mesa con su padre. Los presentimientos no siempre engañan; á primera vista, creí reconocer en él un enemigo jurado de mi reposo y de mi felicidad, pero ya sabré mantenerle á buena distancia. No debo darme mal rato por una nimiedad. ¿Qué sería entonces de la filosofía, si la felicidad de un filósofo estuviera á merced de un niño mal criado?

Hechas estas reflexiones, sacó de su bolsillo un libro que le acompañaba á menudo en sus paseos: era un tomo de las obras de Goethe, que contenía el admirable tratado de las *Metamorfosis de las plantas*. Se puso á leer, alzando de vez en cuando la vista, para contemplar una nube que cruzaba por el espacio ó un pajarillo que saltaba de un árbol á otro. Hacía una hora que se hallaba entregado á tan agradable pasatiempo, cuando oyó á sus espaldas el relincho de un caballo. Volvió la cabeza y vió aparecer á

Esteban que llegaba á rienda suelta, montado en su magnífico alazán y escoltado por su groom, que le seguía á diez pasos de distancia, montando un caballo gris. Gilberto abrigó por un momento la idea de lanzarse en un sendero que había á su izquierda y por él internarse en la espesura; mas no quiso proporcionar á Esteban el placer de que creyera que le tenía miedo, y continuó tranquilamente su ruta, con el rostro inclinado sobre el libro.

Esteban le alcanzó en breve y poniendo el caballo al paso:

—¿Sabéis, caballero—le dijo—que sois muy poco atento? Me habéis dejado de golpe, sin dignaros ni siquiera saludarme. ¡Qué extraño proceder! Me parece que ignoráis hasta los primeros rudimentos de la buena educación.

—¿Qué queréis, caballerito?—contestó Gilberto—estuvisteis tan amable, tan agasajador conmigo, la primera vez que tuve el honor de encontraros, que eso me ha desconazonado. Me he persuadido de que por mucho que haga, nunca he de lograr complaceros.

—Sois rencoroso, señor secretario—contestó Esteban.—¡Y qué! ¿no habéis olvidado todavía aquella aventura?

—Me parece que no pusisteis gran empeño en hacerme olvidar.

—Es verdad, he obrado mal—contestó en tono zumbón;—aguardad un momento, voy á apear-me, me pondré de rodillas en medio del camino, y os diré con voz lastimera: Caballero, estoy desconsolado, afligido, desesperado... ¿De qué? No sé. Caballero, decidme por favor, ¿de qué debo pedir os perdón? porque, si mal no recuerdo, vos empezasteis por levantar el bastón contra mí.

—Yo no levanté el bastón contra vos—contestó Gilberto indignado y fuera de sí—me contenté con parar el golpe que ibais á descargarme.

—Mi intención no era pegaros—replicó impetuosamente Esteban.—Y, por otra parte, sabed una vez por todas, que

entre nosotros no hay igualdad de ningún género, y aun cuando yo llegase á provocaros, seriais un miserable si levantarais sobre mí un dedo solamente!

—¡Oh! ¡eso ya pasa de raya!—exclamó Gilberto, echándose á reir.—¿Y por qué, amiguito?

—Porque... porque...—balbuceó Esteban; y se calló súbitamente.

Amarga tristeza pintóse en su rostro; se puso cejijunto y con la mirada fija. De igual manera había empezado aquel terrible acceso de desesperación que tanto impresionara á Gilberto, la primera vez que le encontró. Felizmente esta vez la explosión fué menos violenta. El bondadoso Gilberto pasó pronto de la cólera á la piedad; díjose que aquel corazón ocultaba alguna herida secreta, y se persuadió más de ello cuando, después de larga pausa, Esteban recobrando el uso de la palabra, le dijo con entrecortado acento:

—El otro día estaba enfermo, cosa que me sucede algunas veces... y á los enfermos hay que guardarles ciertos miramientos.

Gilberto no contestó; temía exasperar con alguna palabra dura aquella alma apasionada y tan poco dueña de sí; pero no por eso dejaba de pensar que los días en que Esteban se sintiese mal, haría muy bien en no salir de su aposento.

Fueron andando un rato sin decir palabra hasta que, saliendo de su abstracción:

—¡Habéis hecho mal en alejaros tan pronto de la fiesta!—exclamó Esteban, en tono amistoso. Si hubiéseis permanecido hasta el fin, hubiérais oído cantar á Cristo y á su madre: habéis perdido un dúo delicioso...

—Dejemos esa conversación—dijo interrumpiéndole Gilberto—no podemos ponernos de acuerdo. Hay ciertos chistes que me hacen muy poca gracia.

—¡Pedante!—murmuró Esteban, volviendo un poco la cabeza. Luégo añadió animándose:—Precisamente porque respeto la religión, no me gusta verla disfrazada, ni paro-

diada. Si se me apareciese un ángel verdadero, apresurárame á rendirle homenaje; pero me encolerizo cuando veo grandes alas de seraffin, prendidas con hilo blanco, á las espaldas de esos miserables pilluelos, zafios, ladrones, embusteros, cobardes, serviles. Su aire gazmoño no me impone, ¡leo en sus ojos la bajeza de sus instintos! Y los cánticos que salen de sus labios, esparcen en el aire miasmas impuros que me sofocan... En general,—continuó con creciente vehemencia en el acento que asustó á Gilberto,—en general, detesto los dengues y las monerías. Tengo la desgracia de ver á través de toda clase de máscaras, y he descubierto que todos los hombres se cubren el rostro con ellas, á excepción de algunos grandes personajes que se sienten bastante fuertes y bastante temibles para dejar ver su cara al público; déspotas que, con el látigo en la mano, hacen adorar á los otros su fealdad natural, y ante los cuales, la gran mascarada se deshace en reverencias y cortesías. Tal es la sociedad.

—Esos son conceptos muy maduros para unos labios tantierños—contestó tristemente Gilberto.—Paréceme, joven, que repetís una lección que os han enseñado.

—¿Y quién os ha dicho mi edad?—exclamó Esteban encolerizado.—¿De qué la deducis? ¿Los rostros son acaso relojes que marcan las horas y los minutos de existencia?... Pues bien! sí; sólo tengo diez y seis años, pero he vivido más que vos. Yo no soy un ratón de biblioteca, no: no he estudiado el mundo en los in-folio. Á Dios gracias, la Providencia, para facilitar mi instrucción, ha congregado á mi vista muestras de la especie humana que me han servido para formar juicio del resto, y cuanta mayor ha sido mi experiencia, más me he convencido de que todos los hombres se parecen. Por esto los desprecio á todos, á todos sin excepción.

—¡Os doy sinceramente las gracias por mí y por vuestro groom!—contestó Gilberto sonriendo.

—No os toméis ese cuidado por mi groom—replicó Es-

teban haciendo caer de un latigazo el follaje que le estorbaba el paso.—En primer lugar no sabe el francés, y luégo me gusta decirle en ruso que le desprecio, sin que le cause eso gran cuidado. Bien alojado, bien mantenido y bien vestido, ¿qué le importa mi desprecio?... Por otra parte, sabed para vuestro gobierno, que mi groom no es mi groom; es mi carcelero. Soy un prisionero con guardas de vista; estos bosques son un patio dondó sólo puedo pasear dos veces á la semana, y el excelente Iván es mi guardián. Registradle los bolsillos y encontraréis en ellos unas disciplinas...

Gilberto se volvió para examinar al groom, quien contestó á su mirada escrutadora con una sonrisa inteligente y jovial. Iván representaba el tipo del siervo ruso en toda su original belleza. Era bajo, algo rechoncho, pero vigoroso y robusto; tenía un aire frío y reposado, gruesas mejillas y sonrosadas, cabellos de un rubio claro, ojos grandes, mirada cariñosa y larga barba castaña en la que se destacaban ya algunas plateadas hebras. Su fisonomía era de las que se encuentran con frecuencia entre los individuos del pueblo eslavo, plácida y enérgica á un tiempo.

Cuando Gilberto le hubo contemplado á su sabor:

—Caballerito—dijo á Esteban—no creo en las disciplinas de Iván.

—¡Ah! Así sois todos los pedantes de salón!—exclamó Esteban con un gesto de cólera.—Admitis sin reflexión y como artículo de fe las monstruosas consejas que encontráis en vuestros librajos, y las cosas más ordinarias de la vida os parecen prodigios absurdos, indignos del menor crédito.

—No os enojéis. Las disciplinas de Iván no son precisamente artículos de fe. Se puede no creer en ellas sin correr el riesgo de condenarse. Por lo demás, estoy pronto á retractarme de mi herejía; pero os confesaré que no hallo nada de feroz ni avinagrado en el rostro del pobre Iván... En todo caso, es un carcelero que no ata corto á sus pri-

sioneros ó que quebranta algunas veces su consigna, porque me parece que el otro día os ví correr solo por los campos, y en verdad que el uso que hicisteis de vuestra libertad...

—El otro día hice una locura—contestó Esteban.—Por la primera vez me divertí en burlar la vigilancia de Iván. Quería hacer una prueba, pero me salió mal y no tengo intención de repetirla. ¿Queréis ver por vuestros propios ojos lo que me ha reportado esa linda hazaña?

Arremangando entonces la blusa de terciopelo negro, mostró á Gilberto una muñeca fina y delicada en la que se veía marcado un círculo rojizo que debía provenir del roce continuado de una anilla de hierro. Gilberto no pudo contener una exclamación de sorpresa y compasión, y se arrepiñó de sus chanzonetas.

—He estado sujeto quince días á una cadena con dos esposas de las que creí no verme libre jamás—replicó Esteban—y esto me ha inducido á serias reflexiones. ¡Ah! razón teníais de acusarme de que repetía una lección estudiada. El lindo brazalete que adorna mi brazo es mi maestro de pensar, y si me atreviera á repetir todos los consejos que me da...

Luégo interrumpiéndose:

—¡Miento!—exclamó con amargura, calándose la gorra hasta los ojos.—La verdad es que he salido del calabozo manso como un cordero, suave como un guante, y sería capaz de hacer mil bajezas para evitarme el honor de volver á entrar en él. Soy un cobarde como cualquiera otro, y cuando os he dicho que desprecio á todos los hombres, no creáis que haga alguna excepción en favor mío.

Y al decir esto aplicó tan violentamente la espuela á su caballo, que el arrogante alazán, irritado por tan brusco ataque, dió una vuelta y se encabritó. Esteban le contuvo con la sola influencia de su acento amenazador y altanero; luégo excitándole de nuevo, le lanzó á escape tendido, y se dió la satisfacción de pararle en seco tirando súbita-

mente de la rienda; de vez en cuando le hacía bailar y dar vueltas sobre el terreno, ó lanzándole á través del camino, le obligaba á dar impetuosos botes, salvando las zanjas y las pendientes que le rodeaban. Después de algunos minutos de tan violento ejercicio, le puso al trote corto y se alejó, seguido por su inseparable Iván, dejando á Gilberto sumido en sus reflexiones que no eran por cierto agradables.

Aun cuando Gilberto había nacido poeta, el destino hizo de él un hombre de orden y de disciplina; había tenido que suprimir de su existencia la aventura y la fantasía; se había prescrito una regla de vida, observándola siempre con exactitud casi militar y, á fuerza de practicarla así, la costumbre de poner cada cosa en su sitio y de hacerlo todo á su debido tiempo llegó á constituir para él una segunda naturaleza. La regularidad de su vida se revelaba en su persona; todos sus movimientos eran correctos y precisos; por su andar, por sus maneras, por sus miradas tranquilas y arrogantes, se hubiera tomado á este amigo de los titeres por un ayudante mayor retirado antes de la edad reglamentaria. Lo cierto es que Gilberto consideraba como supremo bien la calma inalterable del espíritu; por una vigilancia severa ejercida sin cesar sobre sí mismo, había conseguido dominar su carácter y sus impresiones, tanto á lo menos como lo permite la fragilidad humana; y la pobreza, que es un manantial de dependencia, obligándole á pesar suyo á tratarse con muchos hombres cuya sociedad no le agradaba, le obligó á contraer el hábito de observar fríamente los caracteres y de conservar en todas ocasiones el dominio sobre sí mismo. Por lo tanto, estaba muy atónito de lo que acababa de acontecerle. Había sentido, conversando con Esteban, una inquietud, un secreto malestar que no recordaba haber experimentado jamás. El carácter apasionado de aquel joven, sus rudos modales, en los que se notaba cierta gracia libre é indómita, la exageración de su lenguaje, que dejaba entrever el

desorden de un alma mal regida, la rapidez con que se sucedían sus impresiones, la dulzura natural de su acento, cuyas cariñosas melodías entrecortaban á lo mejor ardientes inflexiones de voz y acentos rudos y ásperos, sus ojos grises, que en los accesos de cólera ó de emoción, se tornaban casi negros y centelleantes, el contraste que formaban la nobleza y distinción de su fisonomía y de su continente con el arrogante desprecio de las conveniencias, en que parecía complacerse; en fin, cierto no sé qué doloroso, misterio impreso en su frente y en su sonrisa, todo esto daba mucho qué pensar á Gilberto y le causaba turbación profunda. La aversión que sintió al principio contra Esteban se había trocado en compasión, desde que el pobre joven le mostrara aquel brazalete rojo, que él llamaba «su maestro de pensar,» pero la compasión que no se acompaña de la simpatía es un sentimiento al que nadie se entrega con toda espontaneidad. Gilberto se echaba en cara su demasiado interés por aquel joven, á quien no tenía motivo alguno para querer; se incomodaba mucho más todavía porque se mezclaban en su compasión secreto espanto, y secretas aprensiones. En verdad, se desconocía á sí mismo; él tan sabio, tan razonable, se veía asediado por ingratos presentimientos y le parecía que Esteban estaba destinado á ejercer gran influjo en su suerte, á introducir el desorden en su existencia.

Sentóse en el barranco al pié de un gigantesco nogal que extendía sobre el camino las nudosas ramas y las nacientes hojas pardo-rojizas.

—¡Si me volveré estúpido!—se decía.—Decididamente tengo trastornada la imaginación. Ese sol de primavera ha enardecido mi cerebro, y casi, casi soy capaz de tomar por lo serio las necias quimeras que turban mi espíritu.

Volvió á abrir el libro, que había conservado siempre en la mano, y procuró leer; pero entre el libro y sus ojos se interponía obstinadamente la imagen de Esteban. Creía verle, con la tez pálida, los ojos chispeantes, inclinada la

gorrita sobre la oreja, y largos cabellos castaños flotando en desorden sobre sus hombros. Aquella esfinge le miraba con sonrisa triste y burlona á la vez, y le decía amenazadora: «Descíframe si puedes; va en ello tu felicidad.»

De pronto se oyó el trote de un caballo, y volvió á aparecer Esteban. El joven, al ver á Gilberto, detuvo el caballo y exclamó:

— Señor secretario, os buscaba.

Y echándose á reír:

— Os voy á hacer una declaración muy tierna. Sabed que desde hace muchos años no me había ocurrido ir en busca de persona alguna; he sido muy poco cortés con vos, y como me precio de proceder como es debido, quiero obtener vuestro perdón adulándoos un poco.

— Esa es demasiada bondad—contestó Gilberto.— No os toméis tanto trabajo. El mejor proceder conmigo es ocuparos de mi persona lo menos posible.

— ¿Y me ofrecéis la recíproca?

— ¡Ah! recordad que las circunstancias no son iguales entre los dos. Yo soy un insecto, y os es muy fácil no verme, en tanto que...

— ¡Qué disparate!—replicó Esteban.— Mirad ese escarabajo verde que atraviesa el camino: yo le veo y él no me ve... Pero dejad ese tono burlón; no hay necesidad de que ocultéis vuestro carácter. Lo que en vos me complace, es vuestro espíritu candoroso que me divierte... Á propósito, hacedme el favor de decirme qué libro es ese que no soltáis de la mano, y que os tiene tan abstraído. Formalmente—añadió con mimoso acento—reveladme qué contiene ese libro que estrecháis contra vuestro corazón con tanta ternura?

Gilberto se levantó y le presentó el libro.

— «*Ensayo sobre las metamorfosis de las plantas.*» Según eso, las plantas tienen el privilegio de metamorfoarse!... ¡Dios mío, qué felices son! Deberían revelarnos alguno de sus secretos.

Luégo cerró el libro y lo devolvió á Gilberto, exclamando:

— ¡ Hombre venturoso! ¡ vivís entre las plantas de los bosques como en vuestro elemento! ¿ Quién sabe si tenéis algo de planta? Juraría que, de repente, habréis suspendido en más de una ocasión vuestra lectura para decir á las primaveras y á las anémonas que tapizan este ribazo: « Soy hermano vuestro. » ¡ Dios mío! ¡ cuánto me arrepiento de haber turbado esa encantadora conversación! Mirad, precisamente vuestros ojos participan del color de la clemátide, flor de muy raro mérito: su perfume es escaso, pero en cambio carece de espinas... Ya comprendo por qué hace poco escuchabais con tal beatitud las salmodias de aquellos serafines de Carnaval. Es tal vuestra pasión por las plantas que las veis en todas partes, y vuestro corazón comparaba á los rústicos muchachos con hermosos lirios blancos, emblema de candor y de inocencia... Y yo, cruel, he ido á destruir de un soplo vuestras ilusiones; y os he dicho: « Inocente, mirad á esos ángeles y veréis el diablo en el fondo de sus ojos. La humanidad no es un jardín de rosas y lirios, sino un campo inculto y abandonado donde crecen á porfia la ortiga, la belladona y la fría cicuta. » ¡ Oh! ¡ cómo debéis maldecir mi impertinencia y mi misantropía!

— Tranquilizaos, joven — le contestó Gilberto con plácida sonrisa. — Exageráis demasiado el efecto que pueden producir vuestras palabras. Yo las he tomado por lo que valen en sí, es decir, por arrebatos de un adolescente. No sé qué razones podéis tener para despreciar á vuestros semejantes, pero la intemperancia de vuestro lenguaje deja traslucir vuestra juventud é inexperiencia. Á vuestra edad, el hombre es decidido, resuelto, absoluto en sus juicios. Erige sus impresiones en sistemas, dogmatiza en prosa y verso, gusta de colores chillones, y en su espíritu y en su tono escasean las medias tintas. En todo tiempo la intolerancia fué patrimonio de los novicios; los monjes ancianos

son los más indulgentes; no ven tan fácilmente el diablo en los ojos del prójimo. ¿ Qué digo? saben que el mismo diablo no es tan negro como le pintan. La edad juvenil es la estación de las quimeras; así lo dispuso naturaleza; sólo que no todas las quimeras son de color de rosa, las hay también que tienden al color negro. Las vuestras son algo sombrías y lo siento por vos, amiguito.

Esta breve advertencia y el tono grave y mesurado con que fué pronunciada, irritaron profundamente á Esteban. Irguió la cabeza y miró á Gilberto con aire despreciativo; ya se disponía á volver grupa y abandonar la compañía de aquel mentor insoportable, cuando una mirada que dirigió hacia el camino dispuso súbitamente su mal humor. Acababa de divisar á lo lejos á Guillermo y á sus camaradas que volvían de la fiesta, regresando á sus hogares.

— Venid acá, hijos míos — les gritó empinándose en los estribos. — Venid acá, corderillos, tengo que haceros proposiciones de la mayor importancia.

Al oír que los llamaban, los niños atendieron y reconociendo á Esteban, se detuvieron y celebraron consejo. Las insolencias algo brutales del joven ruso le habían creado muy mala nombradía, y los aldeanitos se desviaban gustosos de su camino antes que arrostrar su mal humor y las caricias de su terrible látigo.

Los tres apóstoles y los cinco ángeles, después de haberse consultado, se disponían prudentemente á tocar retirada, cuando Esteban, sacando de su bolsillo una gran bolsa de cuero, la agitó en el aire gritando:

— Aquí hay dinero que ganar. Venid, hijos míos. Os juro que quedaréis contentos de mí.

La gran bolsa llena que Esteban sacudía con entrambas manos, pareció cebo harto seductor á los ocho niños, pero el látigo que llevaba debajo del brazo izquierdo, era un espantajo que les aconsejaba la prudencia. Perplejos entre el miedo y la codicia, permanecieron clavados en

su sitio, como el asno de Buridán entre sus dos haces de heno; pero Esteban tuvo la feliz inspiración de coger su latiguillo con la mano derecha y lanzarlo á la cima de un árbol, donde quedó colgado. Esta acción produjo un efecto mágico, y los niños, de común acuerdo, decidieron acercarse, bien que con paso lento y vacilante. Sólo Guillermo, obedeciendo á su rencor ó á su desconfianza, echó á correr por un sendero y desapareció en la espesura.

La infantil cuadrilla se detuvo á diez pasos de Esteban, formando un grupo. Los más pequeños procuraban ocultarse detrás de los mayores. Todos arrollaban en sus dedos los extremos flotantes de sus cinturones; todos mantenían la cabeza baja, el aire torpe y avergonzado, y no levantaban la vista del suelo sino para mirar de reojo la gran bolsa de cuero con la cual jugueteaba Esteban.

—Vos, san Pedro, vos san Juan—dijo con gravedad—y vosotros cinco, queridos angelitos del cielo, prestadme atención. Habéis cantado hoy tres lindos cánticos en loor de Dios: él os recompensará un día en el otro mundo; pero yo, por lo que me habéis gustado, os doy ahora la recompensa. Por lo tanto, cada uno de vosotros recibirá de mí, al instante, un hermoso thaler de Prusia, si consiente en prestarme el insignificante servicio que voy á indicar. Se trata sólo de besar con gracia y delicadeza la fina punta de mi bota. Os lo repito, esa sencilla ceremonia os producirá á cada uno un hermoso thaler de Prusia, y además del dinero tendréis la satisfacción de haberos adiestrado en un ejercicio que nunca se practica de sobra en el mundo; como que es el medio de alcanzarlo todo.

Los siete niños miraban á Esteban sobrecogidos y con la boca abierta, sin hacer el menor ademán. Su inmovilidad y los siete pares de ojos fijos y redondos clavados en él, le impacientaron:

—Vamos, corderillos míos!—les dijo con voz cariñosa—no abráis así los ojos! Cualquiera diría que son puertas cocheras abiertas de par en par. Hay que proceder con

aplomo, con gracia. ¡Gran Dios! Muchas cosas como estas veréis, y haréis otras peores en vuestra vida. Todo es principiar... Vamos, despachemos. Un thaler vale treinta y seis silbergros, y un silbergro vale diez peniques, y por cinco peniques se puede comprar un pastelillo, un bollo ó un dulce con jugo de regaliz...

Y agitando cuanto podía la bolsa de cuero, gritaba:

—¡Oh! ¡qué lindo sonido! ¡qué hermoso retintín! ¡Hijos míos! ¡qué dulces parecen al oído! Comparada con ésta, toda música es discordante. Suspended vuestros cantos, ruiseñores y currucas! Nuestro canto vale más que el vuestro! Queridos niños, yo soy un músico de lugar que toca en su violín vuestra canción favorita. ¡Ea! comenzad el baile, amorcillos míos!

Los siete niños mostrábase todavía indecisos. La emoción teñía de rojo sus mejillas, y con la mirada se consultaban mutuamente. Por fin, el más joven, lindo rubito, tomó su resolución.

—Al caballero *le sobra una cuña*—les dijo, lo cual significa en castellano: «Está loco!»

Y añadió riendo:

—Al fin y al cabo, esto no es más que una chanza y se presenta ocasión de ganar un thaler.

Y así diciendo, se acercó á Esteban con ademán resuelto y estampó un beso en la punta de su bota. Roto estaba el hielo; todos sus camaradas siguieron el ejemplo, unos con paso grave y mesurado, otros sonriendo ligeramente. Esteban triunfaba y batía palmas.

—¡Bravo, queridos amigos!—exclamó—¡con qué pres-teza hemos terminado el negocio!

Sacó siete thalers de la bolsa; luégo arrojándolos al camino con un gesto de desprecio:

—Ahora, señores apóstoles y serafines—dijo con voz tonante—recoged pronto ese dinero y echad á correr. ¡Viles engendros, id á contar á vuestras madres la gloriosa aventura á que debéis esa ganancia!

Y mientras los niños se retiraban presurosos, volviéndose á Gilberto :

—¡Y bien ! hombre de las plantas, ¿qué opináis de esto ?—le dijo, cruzando los brazos.

Gilberto había contemplado la escena con cierta tristeza no exenta de asco. Hubiera dado cualquier cosa por que uno de los muchachos se hubiese resistido á la insolente exigencia de Esteban, pero como no pudo lograr esta satisfacción, disimuló la pena que aquel espectáculo le causara.

—Y esto ¿qué prueba ?—contestó con sequedad.

—Me parece que esto prueba muchas cosas, y entre otras la siguiente : que ciertos entretenimientos son muy ridículos, y que ciertos mentores conocidos míos, que se meten á dar lecciones á los demás...

No pudo proseguir, porque en aquel momento un guijarro disparado por una mano vigorosa, silbó en sus oídos, y le tiró la gorra al suelo. Se estremeció, lanzó un grito de cólera, y dando un fuerte espolazo á su caballo, se lanzó á galope al través del vallado. Gilberto recogió la gorra y se la entregó á Iván. Éste le dijo, en mal alemán :

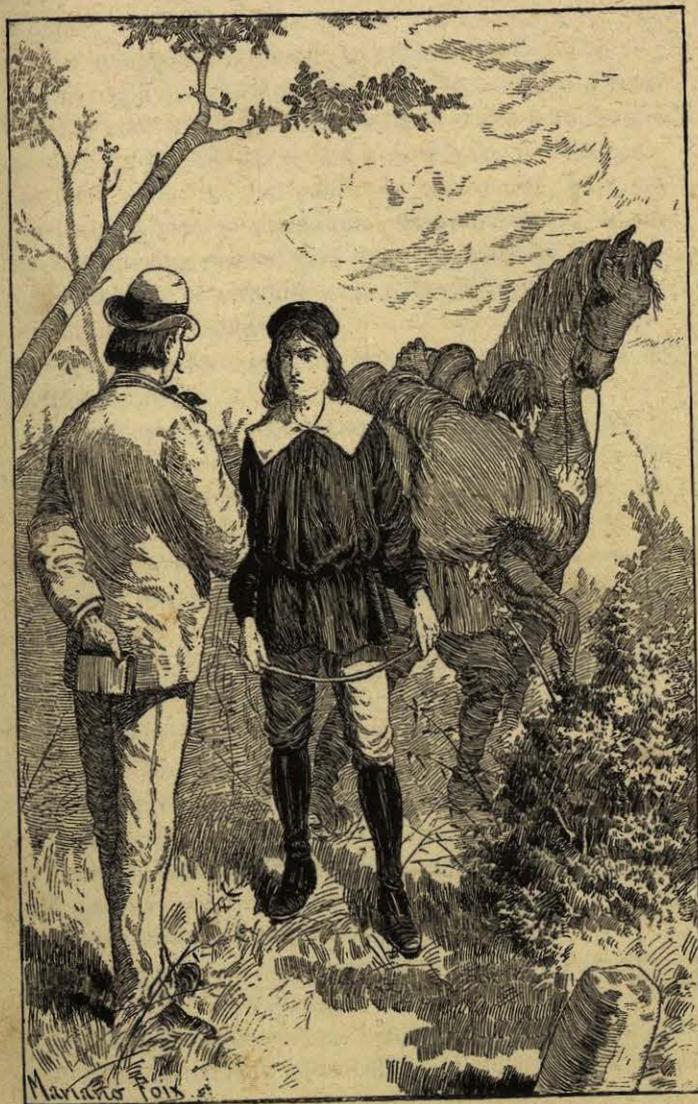
—Hay que perdonarle, está enfermo.

Y partió presuroso, en seguimiento de su joven señor.

Gilberto corrió en pos de ellos. Cuando los alcanzó, Esteban se había apeado, y estaba en pié, con los puños cerrados, delante de un niño, que sofocado por la carrera, se había dejado caer desfallecido al pié de un árbol. Gilberto reconoció á Guillermo. Huyendo, había hecho giros su sambenito, y le miraba con ojos torvos, y sólo respondía con monosílabos á las amenazas de Esteban.

—¡ Estás en mi poder !—dijo al fin éste. Seré clemente, si me pides perdón de rodillas.

—No haré tal—contestó el niño poniéndose en pié—de nada os he de pedir perdón. Me cruzasteis la cara con el látigo, juré vengarme. Soy muy diestro ; he apuntado á la gorra seguro de no errar el tiro. Esto os ha puesto furioso, y quedamos en paz. Ahora os prometo que no os arrojaré



más piedras, á condición de que tampoco me deis más latigazos.

—Lo que propone es muy razonable—dijo Gilberto.

—No os pido vuestro parecer, caballero—contestó Esteban con altanería, y volviéndose hacia Iván—Iván, querido Iván—prosiguió—en el caso presente has de obedecerme. Bien sabes tú que padre no me quiere, pero no consiente en manera alguna que nadie me insulte; es un derecho que se reserva para sí. Apéate y obliga á ese tuantuelo á que se arrodille y me pida perdón.

Iván movió la cabeza.

—Vos le pegasteis primero—contestó—¿por qué ha de pedirnos perdón?

Esteban agotó en vano las súplicas y las amenazas. El siervo permaneció inflexible, y durante la conversación Gilberto acercándose á Guillermo, le dijo en voz baja:

—Huye en seguida, pero acuérdate bien de lo que has prometido; si lo olvidas, tendrás que habértelas conmigo.

Esteban le vió escapar y quiso lanzarse tras él, pero Gilberto le cerró el paso.

—¡Iván!—gritó Esteban retorciendo los brazos—¡échale fuera!

Iván meneó nuevamente la cabeza.

—No quiero hacer daño alguno al joven francés—contestó—parece muy bondadoso y ama á los niños.

Á causa de su desesperación, Esteban tenía el rostro demudado, temblaban sus labios, miraba sucesivamente con ojos torvos á Gilberto y á Iván. Finalmente, con voz ahogada y como si hablara consigo mismo, dijo:

—¡Desgraciado de mí! ¡soy débil como un gusanillo y mi debilidad no es respetada!

Luégo, bajando la cabeza se acercó á su caballo, montó y atravesó lentamente el vallado. Cuando llegó al camino real, mirando fijamente á Gilberto:

—Señor secretario—le dijo—mi padre cita con frecuencia á aquel diplomático que decía que todos los hombres

están en venta, y que la cuestión estriba sólo en el precio. Desgraciadamente no soy bastante rico para compraros: valéis mucho más de un thaler, pero permitidme que os dé un buen consejo. Al volver al castillo, repetid al conde Kostia ciertas ideas que he dejado escapar de mis labios en vuestra presencia. Os lo agradeceré infinito. Tal vez os nombre su espía en jefe, y sin hacerse de rogar, os doblará el sueldo. No hay negocio más provechoso que encender cirios al diablo, y en eso haréis maravillas como cualquier otro.

Dicho esto, saludó á Gilberto y se alejó á trote largo.

— ¡El diablo! ¡El diablo! no habla más que del diablo! — se decía Gilberto encaminándose al castillo. Y añadía: — ¡Pobre Gilberto! estás condenado á pasar algunos años de tu vida entre un tirano que es amable á ratos, y una víctima que no lo es nunca!



VI

EN el momento en que Gilberto entró en el castillo de regreso de su excursión, M. Leminof se paseaba por la terraza. Divisó desde lejos á su secretario y le hizo seña para que fuera á reunirse con él. Dieron juntos algunas vueltas á lo largo del parapeto, y mientras se paseaban, Gilberto estudiaba al padre de Esteban con mucha mayor atención todavía que antes; lo que le impresionaba sobre todo, eran aquellos ojos de color gris mal definido, cuyas miradas vagas, volubles, indescifrables, llegaban á ser en algunos momentos frías, abrumadoras, pesadas como el plomo. Por lo demás, nunca había estado M. Leminof tan amable con su secretario; le hablaba con acento jovial y le miraba con simpática bondad. Un cuarto de hora iba transcurrido en su conversación cuando el tañido de la campana les avisó que la comida estaba servida. El conde Kostia condujo á Gilberto al comedor. Era éste una inmensa habitación abovedada con artonados de encina negra, que recibía la luz por tres ventanitas ojivales que daban á la terraza. Los arcos del techo estaban decorados con antiguos frescos apocalípticos que el tiempo había deteriorado. En el